

1926

ERA EL FINAL DE LA TARDE y la claridad se iba agostando a medida que un hombre joven bajaba por la escalera tallada en piedra de la cripta de la Sagrada Familia; en el túnel que conducía al sótano era ya casi noche cerrada. Las piedras y los sillares sumidos en la penumbra brillaban aquí y allá debido a la tenue luz que se colaba desde arriba. El tañido de unas campanas rompía de modo intermitente el silencio, como campanadas que vinieran de otro mundo. Al fondo del sótano una gran franja de luz que salía del taller se proyectaba en un tramo del enorme pasadizo. Las campanas redoblaban cada vez más fuerte; el hombre traspasó el umbral.

Dentro, la habitación estaba poco iluminada y atestada de moldes de yeso, portaplanos y maquetas. Un chubesqui apagado y un camastro completaban el mobiliario. Varios tubos colgaban de un soporte especial de madera. Un hombre bastante mayor en mangas de camisa y con el cabello blanco golpeaba los tubos con un pequeño martillo y, de vez en cuando, tomaba notas en un papel.

La interrupción del joven pareció disgustarlo.

Hablaron brevemente; luego el recién llegado se dio la vuelta y se marchó desandando el mismo camino que había recorrido a través del oscuro sótano.

Al poco, el anciano soltó el martillito y se puso una oscura y raída chaqueta. Todo allí parecía oscuro y desgastado. Llevaba unos extraños zapatos con suela de esparto bastante estropeados. Avanzó hacia uno de los portaplanos golpeando, al pasar, los tubos, que campanillearon. Cogió un plano, lo enroscó y se encasquetó un ajado sombrero de ala vuelta hacia arriba. Agarró el plano enrollado, empuñando con la otra mano un bastón de paseo. Al pasar de nuevo ante los tubos colgados del soporte los hizo oscilar con ayuda del bastón, apagó la luz del taller y salió.

El anciano recorrió con paso seguro el laberinto de galerías y pasadizos y subió por la escalera. Lo acompañaban las notas emitidas por los tubos con un sonido que se repetía y

perdía a lo lejos. Con el eco todavía en los oídos salió al aire libre de la tarde.

Se alejó por la explanada de la Sagrada Familia, en dirección a la Plaza Tetuán. Caminaba absorto y cabizbajo, y con el bastón apartaba los papeles que había arrastrado la brisa. La explanada estaba prácticamente desierta. A lo lejos, sonaba el ruido del tráfico, pero en sus oídos retumbaban las notas metálicas de los tubos.

La calle estaba poco transitada. En Gran Vía esquina Bailén un tranvía avanzaba. El hombre se disponía a cruzar. En sus oídos aún repiqueteaba el sonido de las campanas tubulares. La campanilla del tranvía sonó con insistencia. Chirriaron los frenos.

El silencio que siguió fue absoluto. El hombre yacía en el suelo. Su mano inerte seguía sujetando el plano, que se escapó de la mano y se desenrolló mostrando un boceto de la Sagrada Familia terminada.

1860

ESTABA TUMBADO MUY QUIETO.

El sol proyectaba por paredes y techo las temblorosas sombras de las hojas del álamo, que refulgían y murmuraban en la brisa de la tarde. Pensó en el reverso de un parasol que vio una mañana de verano en Reus. El reflejo titilante del agua lleno de luz. Ondas. Sombras doradas y estriadas. Volver al inicio del mundo de luz y de sombra... Se deslizó de nuevo hacia el sueño.

Estaba todo oscuro salvo el rincón con la lámpara de luz mortecina. Había dormido durante días o, tal vez, semanas. Se sentía remoto, transparente de fiebre. Junto a la lámpara se

oían murmullos. Su padre estaba hablando con el médico. Las palabras «artritis reumatoide» llegaron a sus oídos y, si bien no significaban nada para él, por el modo en que se habían pronunciado entendió que querían decir algo fatídico, propio del mundo de los adultos, y se sintió vagamente importante. «El chico está muy frágil... grave peligro... imperativo que guarde reposo». A lo lejos se cerró una puerta. Luego se durmió otra vez durante una eternidad.

¿Estaba despierto? En lo más profundo de la noche oyó el lamento de su madre, pero tan lejos que quizá fuera un sueño. Era un río de sollozos procedente de otro mundo. Todo permanecía a oscuras y él estaba solo, pero reconocía aquella voz y no, no era un sueño. La voz era demasiado aguda y la oscuridad demasiado grande para que fuese un sueño. Y de nuevo volvió a dormirse. Durmió más de lo que podía imaginar.

Volvía a haber murmullos en el rincón, junto a la puerta. La habitación estaba helada y el aire parecía como afilado. Era muy de mañana y el sol proyectaba un resplandor dorado por la pared, encima de su cabeza. El rostro de su padre tenía un color gris. Entonces las palabras se tornaron de pronto comprensibles y el médico dejó caer su dictamen con una claridad extrañamente exagerada, casi como si disfrutara con ello: «Lamento tener que decírselo, pero la situación es grave en extremo; me temo que no tiene posibilidad alguna de recuperarse». Vio caer derrotada la cabeza de su padre y la mano del médico posarse en su hombro.

«No quisiera en absoluto acongojarle, pero hay que aceptar las cosas como son. Sería imperdonable por mi parte no aconsejarles que llamen lo antes posible a un sacerdote. Se ha hecho lo que se ha podido. Ahora todo está en manos de Dios».

Bueno, al menos ya no está en tus manos, viejo chalado, pensó el muchacho. Odiaba a aquel hombre porque hacía sufrir a su padre, porque hacía llorar a su madre y, además, él no quería saber nada de sacerdotes ni de funerales. Una vez más se sumergió sin ningún esfuerzo en las profundidades del sueño.

Se había hecho de día, su padre martilleaba a lo lejos en la fragua y él se aburría más de lo que cualquier criatura se había aburrido jamás desde el comienzo de los tiempos, de eso estaba seguro. Pero entonces, una vez más, la ensoñación lo pilló desprevenido y fue desenredando con delicadeza su hastío. Volver a los orígenes del mundo, tocar la raíz y recuperar la plenitud. Volver a las sombras de las hojas en el techo, volver a las ondas acuáticas de luz que atraviesan el parasol con enorme serenidad. Encontrar el origen. Tocar la raíz. Como cuando Francesc arrancó el rosal de la tierra para enseñarle las raíces enmarañadas; se había quedado con la boca abierta. Como la raíz que roza el agua y es feliz por ello, y uno puede hasta sentirlo. O la raíz del álamo blanco al otro lado de la ventana y sus hojas de octubre en la superficie del agua como cabellos arrancados flotando. Su amigo Eduardo Toda decía que él sabía por qué temblaba siempre el álamo, pero Toda sólo tenía siete años y no podía saberlo; la

leyenda estaba equivocada, no podía ser verdad. Aseguraba que las hojas temblaban porque Dios estaba enfadado, pues todas las criaturas y los árboles de la creación se inclinaban ante él salvo aquel maldito árbol que no lo hacía. «Y a partir de ahora —decía Dios en la leyenda—, no dejarás nunca de temblar», y desde entonces el árbol no dejó de estremecerse. ¿Pero cómo pudo Dios enfadarse con un árbol? No, el árbol no era necio, era la leyenda la que era necia. Así que Toda también tenía que serlo. ¿Cómo iba Dios a enfadarse con un árbol si los árboles no pecan?

1915

AMANECÍA EN EL PARQUE GÜELL. El joven Martinell, estudiante de arquitectura, entró en el recinto y subió por la escalinata principal. Bajo el brazo llevaba una cartera y contemplaba con curiosidad todo cuanto le rodeaba. «El parque está hermosísimo de buena mañana», pensó. Martinell divisó la casa de Gaudí y se encaminó hacia ella con decisión.

Una vez dentro de la casa se acercó a la habitación que se utilizaba como dormitorio, estudio y, a veces, comedor. Estaba llena de maquetas en desorden, de libros y de planos. A través de una de las ventanas se dominaba una amplia vista sobre Barcelona. El mobiliario era modesto. Gaudí estaba

sentado en una silla, leyendo el periódico y con los bajos del pantalón recogidos, pues estaba tomando un baño de pies en una gran jofaina. El periódico ocultaba casi por completo su cara. Los titulares de grandes caracteres rezaban: LA BATALLA DE LOS DARDANELOS. SUBMARINOS ALEMANES ATACAN A LA FLOTA INGLESA EN GALLIPOLI.

—El estudiante al que usted ha llamado acaba de llegar, señor Gaudí.

La voz de Gaudí emergió de detrás del periódico.

—Espléndido, Francesc. Hazle pasar.

El hombre vestía modestamente y tenía aspecto de artesano. Martinell, al ver a Gaudí en plena ablución, hizo ademán de retirarse.

—Oh, disculpe. No sabía que... —Martinell no acabó la frase.

—Adelante, adelante, joven. Ya he terminado. Estos baños de agua fría me sientan muy bien. Y todavía es mejor frotarse los pies con hielo...

Gaudí dobló el periódico, sacó los pies de la jofaina y comenzó a secárselos. A Martinell le llamó la atención lo blanca que era la barba del anciano. También el cabello era muy blanco.

—Siéntese, por favor —el tono de Gaudí era familiar y distendido—. ¿Ha leído el periódico de anoche?

Romanones, Maura..., Maura, Romanones... Y no nos movemos de ahí. Pronto volveremos a las huelgas ¿Qué opina usted?

—No sé, señor Gaudí —sonrió el otro, disculpándose—. No me interesa mucho la política.

—Mejor para usted, joven —Gaudí empezó a calzarse—. A mí, este vicio me viene de familia. Mi padre, que murió en esta misma casa, lo último que preguntó antes de expirar fue quiénes habían sido elegidos diputados. Ha sido usted muy puntual... Martinell, se llama, ¿verdad?

—Sí, señor.

Gaudí le hizo un gesto para que, por fin, se sentara.

—Le he llamado porque me han dicho que tiene usted un oído muy fino. ¿Es cierto?

—Eso creo, señor.

—Estoy haciendo un experimento y necesitaré su ayuda.

Gaudí sacó un reloj de bolsillo y lo dejó en una mesita después de consultarlo.

—A las seis comenzarán a sonar las campanas de las iglesias. He tomado nota de sus principales características y de la distancia que hay desde cada templo hasta aquí. Y he hecho colgar una campana tubular en la Sagrada Familia que dará tres toques consecutivos cada vez. ¿Quiere abrir la ventana? Nos avisarán dos minutos antes de las seis, y luego compararemos los sonidos.

Martinell se levantó y abrió la ventana. El panorama era embriagador.

—Hermosa ciudad, ¿no le parece? —Gaudí hablaba con la familiaridad de quien se refiere a su propia casa—. ¡Ha crecido tan de prisa! ¡Qué espléndida atalaya...! Desde aquí vi arder las iglesias durante la Semana Trágica. Fue verdaderamente trágica.

A lo lejos sonaron tres tañidos de campana. Se repitieron varias veces.

—¡Ahora! Procure retener este sonido.

Martinell escuchó atentamente. Gaudí pareció entonces desinteresarse de las campanas y preguntó:

—¿Qué curso está estudiando?

—Me he presentado ya a la reválida, señor Gaudí. Ayer entregué mi proyecto, y mañana se reunirá el claustro de profesores para calificar. He añadido también un estudio sobre la arquitectura griega...

—¡Oh, la arquitectura griega...! —Gaudí meneó la cabeza.

—¿No le parece hermosa?

—Sí, sí... Sublime. Pero los griegos carecían del sentido del remordimiento. Tal vez sea eso lo que les falte. Pero dígame, ¿sigue de bedel Domènec Calzada?

—Sí, todavía... —Martinell sonrió—. Precisamente le he enseñado mi proyecto y le ha parecido bien.

—Entonces ya puede estar usted tranquilo. Aprobará. Domènec Calzada no se equivoca nunca. Al menos así era en mis tiempos de estudiante. De mal estudiante, porque tuve muchos suspensos...

Los tres tañidos volvieron a sonar.

Gaudí miró por la ventana, pero ya no eran las campanas lo que ocupaba su mente. Con los ojos de dentro estaba viendo el patio de la Escuela de Arquitectura, cuarenta años atrás.

1875

—¡TODAVÍA NO SÉ NADA, LES DIGO...! Ahora voy a recoger las actas... si me dejan pasar.

En el patio de la Escuela de Arquitectura un grupo de estudiantes se arremolinaba en torno al bedel Domènec Calzada, quien trataba de llegar a la puerta de un aula que daba al patio pugnando por deshacerse de los estudiantes alborotados.

Entre el coro de voces que protestaban había cierto tono de burla.

—¿Has visto mi nota, Domingo? ¿Es un aprobado? ¿Puedo empezar a emborracharme?

—Por favor, bedel amado, por favor...

—¿Es cierto que nos han aprobado a todos, don Domènec?

—Vamos, dígame mi nota. No se haga el desentendido. Sé que ha visto las actas.

El bedel consiguió llegar a la puerta del aula, entró y ya dentro cerró con firmeza conteniendo la oleada.

Entonces entró en el patio un hombre de mediana edad, vestido también medianamente y con la barba recortada. Podía ser un artesano con traje de domingo.

—Por favor, ¿podría decirme si ha venido hoy el estudiante Antoni Gaudí?

El interpelado echó una ojeada circular al patio y señaló con la cabeza.

—Aquél es Gaudí.

Antes de que pudiera recibir las gracias, el estudiante desapareció. Gaudí y Andreu estaban en un extremo del patio, junto a un banco. Andreu vestía con descuidada elegancia y se paseaba arriba y abajo frente a Gaudí, que permanecía sentado en el banco, con un periódico abierto. Las ropas de Gaudí daban a entender que no andaba sobrado de dinero y que no le preocupaban demasiado los convencionalismos.

—Que a mí no me importe un suspenso más o menos es natural —comentaba Andreu—. A fin de cuentas, no

tengo que dar explicaciones a la familia, ni pienso ejercer la carrera. Pero tú... ¡No lo entiendo! ¿Tan seguro estás de aprobar esta vez?

Gaudí se encogió de hombros tras el diario y dijo:

—Fíjate en esto: Castelar dice que piensa convertirse en el paladín de Barcelona. Para mí que éste es uno de esos que hablan demasiado...

El hombre se había acercado a los dos jóvenes y se dirigió a Andreu tendiéndole la mano.

—¿Es usted Antoni Gaudí? Permítame que me presente.

Andreu estrechó la mano del hombre, pero negó con la cabeza.

—Gaudí es mi amigo —dijo señalando con el dedo hacia el periódico desplegado—. Pero, de todos modos, encantado.

Gaudí había apartado el diario. Su rostro estaba perfectamente afeitado. Su pelo era de color castaño muy claro, casi rubio. No hizo ningún ademán para saludar al desconocido.

—Me llamo Serrallach. Soy maestro de obras. Seguramente no habrá oído hablar de mí, pero yo sí de usted. Mi amigo Fontserè...

En ese momento arreció de nuevo el griterío de los estudiantes y tanto Gaudí como Andreu se volvieron para mirar lo que ocurría. El bedel Domènec Calzada, asediado por el

grupo de estudiantes, intentaba clavar las actas en el tablero del patio. Andreu miró a Gaudí expresivamente.

—Voy yo a ver...

Se alejó en dirección al grupo. Gaudí y Serrallach permanecieron en el mismo sitio. Éste intentó reanudar la conversación.

—Le decía que fui a verle a la dirección que me dio Fontserè, pero me dijeron que usted ya no vivía allí.

—Sí, he cambiado de pensión.

—Bien, pues... como Fontserè me ha hablado tanto de su trabajo en el Parque de la Ciudadela, Gaudí por aquí, Gaudí por allá... Yo tengo muy buena clientela. Y he pensado que mientras usted no haya terminado la carrera, podría trabajar conmigo. Claro que no me sería posible pagarle mucho, pero...

Serrallach dejó de hablar al ver que Gaudí no le prestaba atención. Gaudí miró con gesto interrogador a Andreu, que regresaba con expresión compungida.

—¿Qué?

—Te ha suspendido. ¡El muy cretino!

Gaudí miró hacia el grupo de estudiantes que se apelotonaban ante el tablero mural y echó a andar hacia ellos sin acordarse de Serrallach. Poco antes de llegar al grupo cambió de opinión y se encaminó hacia la puerta del aula por la que había salido el bedel con las actas. Se cruzó con otro estudiante, que le gritó:

—¡Eh! Gaudí, ¿cuándo me vas a devolver los libros que te presté?

Pero Gaudí, sin prestarle atención, empujó la puerta.

En la penumbra del aula desierta, el catedrático que había dado las notas guardaba documentos en una cartera de mano, dispuesto a marcharse. Al oír la puerta y pasos acercándose alzó la mirada y preguntó vagamente «¿quién hay...?» pero no obtuvo respuesta. Gaudí se aproximó con decisión a la mesa del profesor, que seguía colocando papeles en la cartera, uno tras otro, después de consultarlos. El catedrático volvió a levantar la mirada.

—Ah, es usted, Gaudí... ¿qué se le ofrece?

—Se me ha ofrecido un suspenso.

—¿Cómo? Oh, sí, claro... Le he suspendido. Sí, eso es. ¿Le sorprende?

—Sí, señor. El ejercicio que presenté era bueno.

—Al calificar he tenido en cuenta la labor de todo el curso; y la de usted no sé cómo calificarla, porque no ha existido. No creo que le perjudique repetir la asignatura...

—¿Y cree que me beneficiará?

Un poco molesto, el catedrático cerró la cartera y recogió el sombrero, decidido por fin a marcharse. El hombre se acercó a la puerta y Gaudí siguió sus pasos. El catedrático se detuvo y se volvió hacia Gaudí.

—Mire, Gaudí, tal vez usted sea capaz de hacer en una noche el trabajo que a otro le llevaría varios días... Y desde luego tiene ideas que seguramente le parecen revolucionarias y geniales. Pero esto es una Escuela de Arquitectura, un centro docente, y no una escuela de genios. No pretenda ser tan original y ponga más aplicación en su trabajo...

El catedrático se dirigió a la puerta y agarró el pomo.

—Además, eso de que su ejercicio es bueno, no esté tan seguro...

Dando por zanjado el asunto, el catedrático abrió la puerta y salió al patio. Gaudí, salió corriendo tras él y se colocó a su altura en medio del patio.

—¡Eso sí que no! Mi ejercicio es bueno y usted debería saberlo —Gaudí se fue acalorando—. Sé que le molesta que no haga las juntas reglamentarias en las curvas de los arcos; y le molesta porque usted desconoce la estereotomía de la Edad Media, época en que se hicieron las primeras hiladas de arcos horizontales. Usted sólo sabe lo que ha estudiado en los libros franceses. Ignora que la curva de presiones ha de formar con las juntas un ángulo más pequeño que el de...

El catedrático, que se había detenido, miró a Gaudí con ironía.

—En cambio, usted no ignora nada. Usted, Gaudí, domina la arquitectura.

Andreu, a prudente distancia, seguía la discusión haciéndole señas a Gaudí para que se callara.

—Todavía no la domino, pero la entiendo. Tengo temperamento plástico, sé ver el espacio. ¿Y sabe por qué? Porque mi padre es calderero, y mi abuelo paterno también lo fue, y mi abuelo materno y el padre de mi abuelo. Tengo siete antepasados caldereros, y los caldereros son gente acostumbrada a calcular el espacio. Pero usted sólo tiene memoria del tiempo, no del espacio. Posee el título de arquitecto, pero en el fondo es... ¡un músico!

El catedrático dio media vuelta y se encaminó hacia la verja del patio que daba a la calle, congestionado.

—No tengo por qué darle explicaciones. Le he suspendido y basta.

Gaudí vaciló un momento, pero al verlo cruzar la puerta le gritó sin poder contenerse:

—¡Un músico! ¡Eso es lo que es! ¡Y acabará cantando ópera!

Las últimas palabras de Gaudí quedaron ahogadas por el portazo del catedrático. Gaudí echó a andar furioso tras él.

Andreu miró a Serrallach y se encogió de hombros como diciendo: «Cuando se pone así, es inútil...».

Serrallach meneó la cabeza, disimulando, a duras penas, una sonrisa.